

EL QUINTO EN DISCORDIA

POR JOSÉ RAMÓN ITURRIAGA



Un Brexit por ahora imprevisible

La actitud de la Unión Europea en la negociación con el Reino Unido durante las últimas semanas se aproxima al hartazgo: demasiado tiempo y demasiados esfuerzos dedicados a un problema que sus protagonistas políticos no afrontan. Cada uno va a lo suyo, sin que de momento parezcan preocuparles las consecuencias que podría traer el peor de los escenarios, cada vez más cerca. Las soluciones propuestas menoscaban los principios que sustentan la Unión Europea y, desde luego, por ahí no van a pasar: sería un precedente que haría temblar los cimientos de la UE. Y entretanto no se avanza en la unificación de políticas fiscales o en el diseño definitivo del Fondo Europeo de Garantía de Depósitos, que es lo que en este minuto de partido debería ocupar a los socios europeos que sí tienen ánimo de permanencia.

El desenlace resulta imprevisible. Tan pronto parece que el acuerdo está al alcance de la mano como todo lo contrario. En cualquier caso, resulta poco probable que la primera ministra británica sea capaz de conseguir el apoyo en la Cámara si finalmente obtiene algo en claro de su negociación.

Llegados a este punto, la posibilidad de un nuevo referéndum parece tomar cada vez más cuerpo. Se plantea como la mejor solución para



Theresa May

EFE

evitar la consumación del tiro en el pie que constituye cualquier versión del Brexit. Es la única forma de evitar la crisis constitucional que provocaría ir en contra del voto popular, repiten. Llegados a este punto, al resto de Europa qué más le da. Los británicos, parapetados en su característica flemá, que en este caso no es sino una forma piadosa de enmascarar su presunta y mal entendida superioridad, se siguen agarrando a sus instituciones como remedio a todos los males y no son conscientes de la que se les ha venido encima. Como decía aquel, en Europa hay dos tipos de países: los pequeños y los que todavía no saben que son pequeños.

El lado bueno de las «fake news»

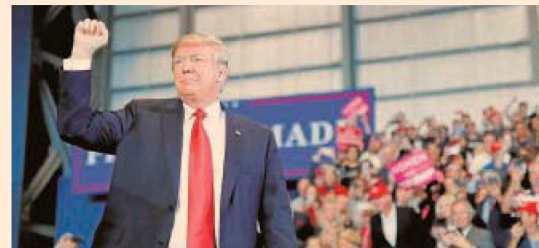
Lo tenemos todos claro. Estamos viendo el lado oscuro de las redes sociales. O, mejor dicho, del mal uso que en algunos casos se ha hecho de las mismas. Su máximo exponente son las «fake news», que se han hecho carne en Trump, Putin, el Brexit o la coalición de gobierno italiana.

La desintermediación o la pérdida de autorías de los medios tradicionales, además de pasar por la trituradora de la nueva revolución industrial –y ya no me acuerdo del X.O por el que vamos– se ha traducido en una manipulación más o menos burda, pero sin duda efectiva.

Lo único bueno es que ya somos perfectamente conscientes de todo. Nos manipulan y nos usan, y lo sabemos. Las consecuencias, o por lo menos algunas de ellas, son conocidas por todos. Así las cosas, debería darse un renacimiento del pensamiento crítico que, de hecho, ya se está

dando. Y son algunos de esos medios tradicionales los que lo están capitalizando. Quizá el mejor ejemplo sea «The New York Times». O alguna de las otras grandes cabeceras anglosajonas, que han sabido imponer su criterio en el marasmo actual. Constituyen un contrapunto minúsculo al ruido imperante. Sin embargo, se han convertido en un refugio que cada vez ampara más. La necesidad de información contrastada, fiable y crítica que permite construir una opinión es cada vez mayor. Se está produciendo un cierto efecto boomerang y frente a la información rápida e inane, credibilidad y profundidad.

Las redes sociales solo tienen un camino. Sus beneficios son muchos, y desde luego más que sus problemas. Sin embargo, quiero creer que este resurgir del pensamiento crítico también es imparable. La duda es quién, en España, será capaz no ya de liderarlo sino de simplemente aprovecharlo.



Donald Trump, presidente de los Estados Unidos

REUTERS

SÁNCHEZ PIERDE VOTOS

«En un giro inesperado, el presidente del Gobierno se ofreció a negociar los Presupuestos con el Partido Popular o Ciudadanos»

Estamos acostumbrados, por no decir cansados, de las idas y venidas del actual Gobierno. Sin embargo, la que se produjo la semana pasada va más allá de una pifia achacable a la precipitación o al cálculo electoral. El hecho de que el presidente, en un golpe de timón totalmente inesperado, se ofreciese durante la semana pasada a negociar los Presupuestos con el Partido Popular o Ciudadanos confirma que el planteamiento económico le está costando votos, muchos votos.

La idea era sencilla. Convertirse en el voto útil

de la izquierda comprando todas las exigencias de Podemos, para presentar los presupuestos más sociales desde la crisis. Así, más allá de su aprobación o no, ya tienen el relato montado de cara a las próximas elecciones. Con lo que no contaban los expertos en marketing político de La Moncloa –o lo que han infravalorado del todo– es la zozobra que ha provocado el discurso. Las palabras –anuncios de subidas de impuestos, cotizaciones sociales, etc.– han suscitado una enorme contestación en los distintos estamentos económicos y empresariales, el mejor refle-

jo de que las heridas de la última crisis están aún abiertas y que las cosas no están para hacer gestos de cara a la galería. La asociación de ideas es inmediata. Las buenas palabras de Pedro Sánchez se asemejan mucho a las de ZP, y todos tenemos muy presente cómo acabó ese derroche de despropósitos. No está el horno para bollos buenistas.

Y no, la reacción no se ha debido limitar al Banco de España, Airef, autónomos o empresarios: lo deben estar viendo en la intención de voto. La sombra de la crisis es alargada y cualquier cosa que la recuerde provoca un enorme rechazo. Lo peor para el Gobierno es que ahora mismo tiene difícil vuelta atrás. De este caballo no se pueden bajar como si el tema no fuera con ellos, pues podrían volver a la casilla de salida, a los ochenta y cuatro diputados que últimamente habían considerado sólo un mal sueño.